

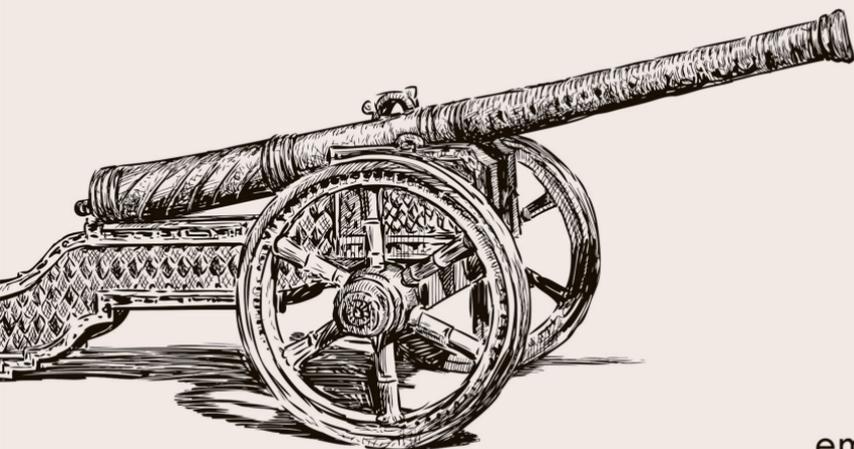
CÉSAR

AIRA

LA

PRINCESA

PRIMAVERA



emecé

CÉSAR AIRA

# La Princesa Primavera



emecé  
cruz del sur

En una isla paradisíaca situada frente a las costas de Panamá vivía la Princesa Primavera, en un bello palacio de mármol blanco. Era joven, hermosa, y soltera. Su única compañía era la servidumbre, de la que oficiaba de mediadora el ama de llaves, Wanda Toscanini. Situado en una altura, el palacio tenía vista al mar, al que conducían varios de los caminos del parque. Este cubría unas veinticinco hectáreas de cuidado césped, borduras herbáceas y avenidas umbrías en cuyas intersecciones se alzaban estatuas o fuentes. La parte central, inmediata al palacio, era de estilo francés, con parterres geométricos siempre floridos, pelousses bien recortadas, graciosos estanques con esculturas, glorietas e inofensivos laberintos de cercos vivos. Más allá, se iba haciendo salvaje, con sectores que remedaban rincones silvestres de selva o montaña mediante un sabio aprovechamiento de los arroyos y los accidentes naturales del suelo. Al otro lado de la

reja que marcaba el límite de la propiedad, la Naturaleza tropical se hacía realidad, innumerable y fecunda, muy hermosa también a su modo, pero intransitable.

A poca distancia del Castillo (así llamaban a la morada de la princesa, aunque de «castillo» no tenía más que unos pocos rasgos decorativos), por la línea de la costa, se encontraba el pueblo. Era de esos pueblos muy pequeños que un viajero descarta en media hora como un sitio sin misterio, sin posibilidades, pero que examinados con más tiempo revelan siempre más gente, más historias, y aun después de meses o años siempre aparece un desconocido más, que no era un desconocido sino un primo o un cuñado del vecino. La actividad básica era la pesca, pero también había algo de comercio, y huertas y cultivos, cría de animales, y por supuesto los servicios esenciales, todo en mínimo, a la medida de sus doscientos o trescientos habitantes. Un yate de pescadores ricos, muy de vez en cuando, venía a alterar la rutina y aportar un pequeño movimiento económico extra, pero en realidad el único suplemento sostenido provenía del Castillo, que les compraba provisiones o requería personal; en ambos casos la demanda era insignificante: la Princesa comía como un pajarito y nunca tenía invitados, y el mantenimiento de su domicilio había sido establecido en una rutina inmemorial. De modo que el pueblo se ocupaba de sí

mismo, en días siempre iguales, semanas repetidas, meses parecidos y años intercambiables.

Aunque pequeño, el pueblo era el más grande de la isla, y hasta podría decirse que el único, porque los otros asentamientos dispersos en el perímetro de playas eran caseríos provisorios de tres o cuatro familias, media docena como máximo, y ni siquiera se trataba de casas sino de enramadas o chozas, apéndices terrestres de los botes en los que esas razas anfibias salían a buscar su sustento en el mar. Como aparte del Castillo no había ninguna construcción importante, ni a nadie se le había ocurrido hacer hoteles o bungalows, la isla estaba virtualmente deshabitada; largos tramos de costa ese conservaban vírgenes de huellas humanas, y todo el interior inexplorado era dominio de pájaros, monos e insectos. Habría sido difícil internarse, tan espesa y enmarañada era la vegetación. De su remoto origen volcánico quedaba como huella visible un revoltijo de altos y bajos, en este momento del proceso ya cubiertos de una selva muchas veces centenaria. La isla se alzaba del mar azul como un reino edénico, que a primera vista parecía inmenso pero en realidad era pequeño, apacible en su siesta perenne, envuelto en brisas, rociado por las lluvias vespertinas, con el sol y la luna haciendo sus rondas puntuales, pájaros de día, estrellas de noche.